

CONTENIDO

1.- INTRODUCCIÓN A LA SEMANA SANTA

2.- DOMINGO DE RAMOS

3.- JUEVES SANTO

4.- VIERNES SANTO

5.- SÁBADO SANTO

**6.- DOMINGO DE LA RESURRECCIÓN DE
JESUCRISTO**

**CÁCERES
SEMANA SANTA, 2015**

FLORENTINO MUÑOZ MUÑOZ

INTRODUCCIÓN A LA SEMANA SANTA

La Semana Santa tiene entre nosotros hondas raíces culturales, religiosas, populares, fruto y resultado de muchos años y siglos de historia y de vivencia. Está tan entrañada en nuestra historia que forma parte de ella. En la Semana Santa, la Semana Mayor del Año Litúrgico, celebramos los misterios de nuestra Redención: pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

¿Cómo debemos celebrar la Semana Santa?

* Escuchando y meditando la Palabra de Dios, participando en la eucaristía, acogiendo las gracias que el Señor nos regala, estando cerca de los necesitados ofreciéndoles nuestra ayuda. ...

* Participando con autenticidad en las manifestaciones de la religiosidad popular de la mano de las Hermandades y las Cofradías: procesiones -profesión pública de la fe-, actos devocionales que nos acercan al Señor, a la Virgen Santísima.....

* Viviendo la Semana Santa en nuestra alma, en nuestro corazón; acogiendo la gracia de Dios; recibiendo el perdón de los pecados en el sacramento de la penitencia.

Ante un Crucifijo, Santa Teresa de Jesús decía a su monjas unas palabras que debemos acoger nosotros: “no os pido que penséis micho, tan solo os pido que lo miréis”. Contemplemos con amor y gratitud a Jesucristo crucificado ya que Él es la salvación del mundo.

El Domingo de Ramos es el pórtico de la Semana Santa
El Domingo de Resurrección es la cumbre y cima de la Semana Mayor del Año litúrgico.

Sostenidos por la gracia divina, desde la fe y el amor a Jesucristo y en comunidad eclesial captaremos el sentido profundo de esta Semana Santa.

Acompañemos a Jesucristo en su camino pascual, sintonizando y participando en estas celebraciones litúrgicas.

Dentro de esta Semana Mayor se encuentra el Triduo Pascual que se inaugura el Jueves Santo en la Misa vespertina y abarca el Viernes Santo, la Vigilia Pascual concluyendo en el Domingo de Resurrección. En estos días celebramos un único acontecimiento en tres “tiempos”: la muerte de Jesucristo en la Cruz, su estancia en la sepultura y su resurrección gloriosa a una nueva existencia.

Los tres días son pascua - paso: “La pascua de Cristo crucificado, de Cristo sepultado y de Cristo resucitado”, como decía San Agustín. Acompañemos al Señor con verdadera fe, devoción, unción y amor.

Los cristianos, que se ausenten en estos días de sus lugares habituales de residencia, procuren participar en esta Santa Liturgia uniéndose a la Comunidad cristiana del lugar a donde vayan a pasar estos días.

No nos conformemos con presenciar un desfile procesional por hermoso y bello que sea.

Participemos vivamente en la celebración de los Santos Misterios, bien dispuesta nuestra alma con la recepción del Sacramento de la Penitencia, con la contemplación de los misterios sagrados y con la oración-meditación.

Acompañemos a María Stma. en su camino doloroso y lleno de esperanza.

CELEBRACIÓN LITÚRGICA DEL DOMINGO DE RAMOS

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, cuando nuestro Señor Jesucristo, como indica la profecía de Zacarías, entró en Jerusalén sentado sobre un pollino de borrica, y a su encuentro salió la multitud con ramos de olivos (elog. Del Martirologio Romano).

1.- MONICIÓN DE ENTRADA:

En el Domingo de Ramos, la Iglesia celebra los dos aspectos centrales del misterio pascual de Jesucristo: por una parte, la vida o el triunfo de Cristo mediante la procesión de ramos en su honor, y, por otra parte, su muerte a través de la lectura, siempre sobrecogedora de la Pasión de Jesucristo. Por eso debemos distinguir con cuidado estos dos aspectos sucesivos de la liturgia de este domingo.

En la Procesión de Ramos, lo importante no es el ramo bendito, sino la celebración del triunfo de Jesucristo. Del aspecto glorioso de los Ramos pasamos al aspecto doloroso de la pasión y muerte de Cristo.

“Jesús ha despertado en el corazón tantas esperanzas, sobre todo entre la gente humilde, simple, pobre, olvidada, esa que no cuenta a los ojos del mundo. Él ha sabido comprender las miserias humanas, ha mostrado el rostro de misericordia de Dios y se ha inclinado para curar el cuerpo y el alma. Ese es Jesús. Este es su corazón atento a todos nosotros, que ve nuestras debilidades, nuestros pecados. El amor de Jesús es grande. Y así, entra en Jerusalén con este amor, y nos mira a todos nosotros” (Papa Francisco. Homilía Domingo de Ramos, 24-III-2013).

2.- ANTES DE LA BENDICIÓN DE LOS RAMOS Y LA PROCESIÓN.

La Iglesia antes de contemplar a Jesucristo sufriendo, lo acoge como el Mesías y canta ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Cristo viene con humildad y paz a Jerusalén, y a todos nosotros; acojámoslo.

“Jesús se dirige a Jerusalén, que le abre las puertas de su corazón por medio de los humildes, los sencillos y los pobre”. Una gran alegría invade e inunda la ciudad porque Jesús la visita y le trae la paz. ¡Hosanna al Hijo de David!. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Siglos más tarde, la Iglesia canta gozosa y llena de esperanza: “Los niños de los hebreos salieron a recibir al Señor llevando ramos de olivos en

las manos”. Lo recordamos con especial emoción, porque lo cantábamos nosotros cuando éramos niños...

Pero en la ciudad de Jerusalén, están también los poderosos, los fuertes, los que tienen miedo a perder poder, influencia y están dispuestos a acabar con Jesús de una vez y para siempre. Una vez más, se hacen realidad las palabras de Juan: “Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron” (Jn.1,11). “La luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la acogieron” (Jn.1,10). ¡Qué contrasentido! Los hombres hemos preferido las tinieblas a la luz, la soledad al acompañamiento, la noche al día, el pecado a la gracia!. Olvidamos que, cuando el hombre se aparta de Dios, se hunde en el vacío y en la soledad más espantosa aunque esté rodeado por multitud de cosas. El hombre sin Dios se desmorona, se pierde para siempre. Dios es el origen fundante de todo ser humano; Dios es quien nos sostiene en la vida; Dios es el regazo final al que nos dirigimos. “Señor, nos hiciste para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti” (San Agustín).

La Comunidad Cristiana acoge, bendice y alaba a este Rey que viene a nosotros y nos trae el Reino de Dios que es presencia de gracia, de perdón y de misericordia de Dios. Abramos de par en par las puertas de nuestro corazón a Cristo. No le demos la espalda ni lo echemos de la ciudad, ni de nuestra alma.

“También nosotros hemos acogido al Señor; también nosotros hemos expresado la alegría de acompañarlo, de saber que nos es cercano, presente en nosotros y en medio de nosotros como un amigo, como un hermano, también como rey, es decir, como faro luminoso de nuestra vida. Jesús es Dios, pero se ha abajado a caminar con nosotros. Es nuestro amigo, nuestro hermano. Y así lo hemos acogido hoy (...) No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús, que está entre nosotros” (Papa Francisco. Homilía en el domingo de Ramos, 2013)

3.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

3.1.- El drama de Jerusalén

En Jerusalén va a desarrollarse un drama muy intenso. Van a encontrarse frente a frente los poderes de este mundo y Jesús con su presencia humilde y pobre.

Aparentemente va a salir victorioso el mundo dominado por el pecado, el odio, la mentira, la hipocresía, la iniquidad. Jesús, traicionado

por Judas, negado por Pedro, abandonado de sus discípulos, rechazado por tantas personas y mandado a la cruz por Pilatos será azotado, coronado de espinas, crucificado y morirá fuera de la ciudad santa y entre ladrones.

Sin embargo el vencedor será Jesús que resucitará al tercer día y nos salvará de nuestros pecados e iniquidades. En sus llagas hemos sido curados. ¡Señor, dentro de tus llagas escóndeme, no permitas que me aprate de Ti...”

Dios ha escogido lo más pequeño del mundo para mostrar a la humanidad pecadora su amor y misericordia, y para confundir la soberbia y autosuficiencia de los hombres.

3.2.- ¿Cómo hace Jesús el camino de su Pasión y de su Cruz?

Jesús marcha a la pasión en obediencia al Padre: toda la vida de Jesús estaba puesta bajo el signo de la obediencia al Padre: “se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil.2,8). Ahora, al final, cuando llega el momento cumbre de su vida temporal, Jesús obedece al Padre y acepta sus designios misteriosos. En el Huerto de Getsemaní, dice desde lo más profundo de su corazón: “Abba, Padre; todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc.14,36).

Jesús se adentra en los caminos de su pasión sabiendo que el Reino de Dios -presencia de gracia de Dios para el mundo- se acerca a la humanidad en y a través de su pasión, muerte y resurrección. Lo que para muchos judíos era el fracaso de Jesús y el triunfo de ellos, es con toda verdad el acontecimiento y el manantial de la gracia salvadora de la humanidad.

Jesús vive su pasión dolorosa desde la confianza total en su Padre y sin proferir amenaza alguna contra los que le hacía sufrir y lo crucificaban. Como cordero que no habla ante el esquilador, Jesús calla y sufre por amor y ora por los que acaban de crucificarlo: “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc.23,34). Pablo gritará: “me amo y se entregó por mí” (Gál.2,20).

3.3.- ¿Quién es ese Rey que vine a nosotros montado en un asno?

* Es un Rey pacífico y sencillo, lleno de mansedumbre y de amor. Acojámoslo en nuestro corazón y en nuestro mundo dividido, injusto, enfrentado, ensangrentado. Este mundo necesita paz y justicia. Tiene que convertirse en lugar fraterno y acogedor. El Señor viene a reconciliar a los hombres con Dios y a los hombres entre sí. El Señor quiere tirar los muros que hemos levantado porque nos separan, nos dividen, nos enfrentan...

* Es un Rey que viene a servir a la humanidad ya que ha venido “no para que lo sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc.10,45), por todos los hombres de todos los tiempos, de todas las épocas... ¿Por qué vamos a tener miedo a este Rey, si viene a servirnos y a ofrecernos la paz, la justicia, la libertad, el amor, el perdón...?

* Es un Rey que encarna la figura del Siervo doliente de Dios “para que se manifieste la gracia más absoluta y primera”. Jesús ha iniciado el camino doloroso de su pasión, se ha adentrado por estrechos senderos que le llevan a la muerte en Cruz por la salvación de todos. Muchos esperaban que el Mesías entraría en Jerusalén y haría signos poderosos y portentosos para acabar con tantos años de dolor y de dominación extranjera. Pero Jesús se monta en un humilde asno y entra así en la ciudad. El camino de Jesús no es el camino del poder, de lo espectacular, de los portentos, sino el del amor, de la misericordia y de la entrega por la humanidad hasta la muerte.

* Es un Rey que será glorificado por Dios. El Rey que muere en la cruz como si fuera un vulgar malhechor, será resucitado por Dios. El Rey que ha bajado hasta las partes inferiores de la tierra, será exaltado hasta lo más alto del cielo. El Hijo del Hombre que se entrega por todos, será entronizado como Señor por encima de todo (Fil.2,6-11).

Unas palabras del Papa Francisco:

“¿Qué tipo de rey es Jesús? Mirémosle: montado en un pollino, no tiene una corte que lo sigue, no está rodeado por un ejército, símbolo de fuerza (...) Jesús no entra en la ciudad Santa para recibir los honores reservados a los reyes de la tierra (...); entra para ser azotado, insultado y ultrajado (...); entra para recibir una corona de espinas, una caña, un manto de púrpura: su realeza será objeto de burla; entra para subir al Calvario cargando un madero. Jesús entra en Jerusalén para morir en la cruz. Y es precisamente aquí donde resplandece su ser rey según Dios: su trono regio es el madero de la cruz” (Papa Francisco. Homilía en el domingo de Ramos, 2013).

3.4.- Acojamos al Señor que viene a nosotros

Unidos a los pobres y sencillos, salgamos a recibir al Señor que viene a nosotros, a nuestras familias, a la Iglesia, a nuestra ciudad, a nuestro mundo.

Como aquellos niños, recibámosle con ramos de olivo, signos de paz y de bienvenida, de amor y de alegría.

Como aquellas buenas gentes de Jerusalén, aclamémosle con cantos de alabanza y de bienvenida.

Extendamos por las calles y los caminos túnicas y flores para que transite por ellas. ¡Es tan buen Rey! Viene a darnos su paz y su consuelo...

Unas palabras del Papa Francisco:

“Nos hará bien preguntarnos: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo ante mi Señor? ¿Quién soy yo, delante de Jesús entrando en Jerusalén en este día de fiesta? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo? ¿O tomo las distancias? ¿Quién soy yo, delante de Jesús que sufre?. Hemos oído muchos nombres: tantos nombres. El grupo de líderes religiosos, algunos sacerdotes, algunos fariseos, algunos maestros de la ley que habían decidido matarlo. Estaban esperando la oportunidad para apresarlo. ¿Soy yo como uno de ellos?” (Homilía en el Domingo de Ramos; 2014).

4.- COMPROMISOS CRISTIANOS

4.1.- “Tened los mismos sentimientos que tuvo Jesús”

Con San Pablo, la Iglesia nos invita a tener los mismos sentimientos que tuvo Jesús. Para ello debemos hacer nuestro el itinerario de Jesús que fue un camino de amor y de servicio hasta la muerte. Dios corona este camino con la gloria de la resurrección.

Los sentimientos que debemos tener siguiendo a Jesús son los siguientes:

A) Despojarnos de nosotros mismos, vaciándonos de nuestro endiosamiento, orgullo, soberbia, autosuficiencia para llenarnos de Dios.

B) Morir a nosotros mismos para que Jesús sea el verdadero Señor nuestro de nuestras personas, de nuestras obras.

C) Abrirnos filial y confiadamente a Dios, acogiendo su Palabra que nos construye y nos edifica según su voluntad. Vivamos nuestra relación filial con Dios en claves de oración, obediencia y confianza.

D) Escoger como forma de vida el servicio generoso y gratuito hasta llegar incluso a dar la vida por los demás, como Jesús.

E) Percibir, escuchar y acoger el grito del pobre y necesitado, descubriendo en él el clamor de Dios y dándole una respuesta adecuada.

F) Descolgar de la cruz a los nuevos crucificados de la historia: los abandonados, los encarcelados, los perseguidos, los rechazados.....; Cuántos seres humanos sufren en la soledad, en el abandono...! Acompañemos a estos hermanos nuestros, alivianando sus dolores, limpiando sus lágrimas,

compartiendo nuestro tiempo con ellos como nos ha pedido Jesús (Mt.25,35).

G) No crucificar a nadie ni con las palabras, ni con los gestos, ni con los comportamientos...

4.2.- Participemos en las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa

No seamos meros espectadores de desfiles procesionales, sino adentrémonos en la celebración de los misterios santos de la Semana Santa, y participemos en ellos de forma consciente, activa y fructuosa.

Acompañemos a Jesús en su camino de pasión que desemboca en la resurrección.

Acompañemos a tantos seres humanos, cercanos o lejanos, que llevan en su propia persona las huellas y las señales de la pasión de Cristo.

No nos limitemos a poner de relieve los aspectos estéticos y culturales de la Semana Santa.

Ahondemos en su significado ético, espiritual y evangelizador. No dejemos que las fiestas cristianas pierdan su contenido trascendente y religioso...

P. Catalamessa nos dice: “Vivir la Pascua significa vivir una experiencia personal de la misericordia de Dios en Cristo. Una vez un niño, al que se le había relatado la historia de Judas, dijo con el candor y la sabiduría de los niños: «Judas se equivocó de árbol para ahorcarse: eligió una higuera». «¿Y qué debería haber elegido?», le preguntó sorprendida la catequista. «¡Debía colgarse del cuello de Jesús!». Tenía razón: si se hubiera colgado del cuello de Jesús, para pedirle perdón, hoy sería honrado como lo es San Pedro”.

Terminamos con estas palabras del Papa Francisco:

“Pidamos la intercesión de la Virgen María. Ella nos enseña el gozo del encuentro con Cristo, el amor con el que debemos mirarlo al pie de la cruz, el entusiasmo del corazón joven con el que hemos de seguirlo en esta Semana Santa y durante toda nuestra vida” (Ib).

CELEBRACIÓN LITÚRGICA DEL JUEVES SANTO

Con la Misa que tiene lugar en las horas vespertinas del jueves de la Semana Santa, la Iglesia comienza el Triduo Pascual y evoca aquella Cena en la cual el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, habiendo amado hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los apóstoles para que los sumiesen, mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen (CO, 297).

Toda la atención del espíritu debe centrarse en los misterios que se recuerdan en la Misa: es decir, la institución de la Eucaristía, la institución del Orden sacerdotal y el mandamiento del Señor sobre la caridad fraterna. Son estos los puntos que conviene recordar a los fieles en la homilía, para que tan grandes misterios puedan penetrar más profundamente en su piedad y los vivan intensamente en sus costumbres y en su vida.

I.- MONICIÓN DE ENTRADA

En este día santo, la Iglesia acoge con unción, amor y agradecimiento de su Señor Jesucristo, con el corazón abierto, los dones excelsos de la Eucaristía, del Sacerdocio ministerial y del Mandamiento nuevo del Amor fraterno.

Jesús se dispone a dar el paso decisivo en su obra redentora y salvadora de la humanidad. Jesús está en el umbral de su pasión y de su muerte. Y en estos momentos supremos no sólo piensa en sus discípulos que estaban allí con El; pensó también en nosotros que un día creeríamos en El y seríamos sus discípulos.

Adentrémonos en el misterio de la última Cena de Jesús con sus discípulos. Jesús realiza una serie de gestos y dice unas palabras que debemos comprender. Es la Hora de Jesús: “pasar de este mundo al Padre a través del desfiladero doloroso de la muerte en cruz”.

II.- ENTREMOS EN EL CENÁCULO

Jesús había anunciado varias veces su pasión, muerte y resurrección cuando “subía a Jerusalén” con sus discípulos. Estos se habían quedado desconcertados y sobrecogidos y no entendieron del todo las palabras de Jesús.

Jesús está ya en el cenáculo con sus discípulos. Es una noche de misterio, de entrega y de amor. Jesús está rodeado por sus discípulos, a quienes El había escogido y llamado.

¿Por qué esta noche es tan diferente?

El Cenáculo es lugar de oración, de contemplación, de entrega, de amor, de servicio, del Espíritu.....Por eso debemos volver con frecuencia al Cenáculo.

Es la hora del amor hasta el extremo: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”.

Es la hora de la entrega y de la autodonación de Jesús por todos: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”; “este es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros”.

Con profunda fe escuchemos las palabras de Jesús, con amor contemplemos los gestos que muestra Jesús, con sobrecoimiento descubramos lo que hace Jesús a favor de la entera humanidad.

III.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- El gesto de Jesús: lava los pies a los discípulos

“Jesús realiza el gesto profético de lavar los pies a los discípulos como anticipación simbólica de su muerte, el mayor servicio y el don más alto para fundar la nueva comunidad” (R.Fabris).

En este gesto sobrecogedor e interpelante, Jesús nos ha dejado su distintivo peculiar y característico: su amor y su humildad hasta la muerte en la cruz. Y nos ha pedido que lo imitemos.

* **“Se levantó de la mesa”**: el que estaba en el seno del Padre, desciende del trono divino e inicia el gran éxodo que le lleva a encarnarse en el seno de la Virgen María, a nacer en una cueva de Belén, al exilio, a Nazaret, poner su tienda entre los pobres y colocarse en el último lugar. Los pobres lo vieron tan cerca de ellos, que lo consideraron como uno de ellos. No se puede amar y servir a los pobres desde el poder, desde la lejanía, sino desde la cercanía, desde la proximidad. Y llegó más abajo aún: a Getsemaní, a morir en una cruz, a las entrañas de la tierra” (cf. Fil.2,6-8).

¿Qué nos dice la vida de Jesús?

¿Por dónde caminamos en nuestra vida, en nuestro ministerio?

* **“Se quitó el manto”**. Jesús nos enseña con este gesto que debemos despojarnos del egoísmo, de la autosuficiencia para poder amar de verdad a las personas. Cuando nuestro corazón está lleno de cosas, cuando se adoran los ídolos del dinero, del poder, de la imagen, del prestigio... ¡qué difícil resulta a los hermanos! Hay que hacerse pobre desde dentro y fuera para descubrir la novedad y la alegría de la fraternidad, de la entrega, del servicio....

* **“Se arrodilló ante de ellos”**. Gesto inmenso de servicio. Para Jesús el que sirve es aquel que es capaz de dar la vida por amor a los que sirve. ¡Qué insondable misterio! ¿Cómo es posible que el Señor se ponga de rodillas ante su criatura?

* **“Comenzó a lavar los pies a sus discípulos”**. Es un gesto que resume y recapitula la vida de Jesús, que es de servicio, de entrega, de amor, de donación...Jesús hace el oficio del esclavo. ¡Tanto nos amó! Este gesto llegará a su cumbre cuando lo crucifiquen.

Los discípulos no entienden nada. Pedro exclama: “¿Lavarme Tú los pies a mí? De ninguna manera”. Entonces Jesús le dice: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde...Si no te lavo los pies, no tienes nada que ver conmigo”.

Para comprender este gesto de Jesús hace falta que Pedro entienda que para tener parte en Cristo hay que estar dispuesto a entregar la vida por los demás.

* **“Si Yo que soy vuestro Maestro y Señor os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo. Os he dado ejemplo”**. En la fraternidad de Jesús, el más importante es el servidor de todos. No existe otra forma de ser discípulo de Jesús sino es en el servicio gratuito, desinteresado, generoso. Imitemos al Señor lavando los pies a los pobres, a los enfermos, a los desvalidos, a los encarcelados...

La Eucaristía ha de ser comprendida, celebrada y vivida en este contexto de servicio. De lo contrario, podríamos convertirla en un rito vacío, sin vida...

“El pan y el vino, con el lavatorio de los pies, constituyen los signos eucarísticos y pastorales del jueves santo” (C.Floristán).

2.- Jesús instituye la Eucaristía

Jesús ha terminado de lavar los pies a sus discípulos.

Los discípulos habían pasado ya días en el seguimiento de Jesús y en su entrañable compañía. Durante ese tiempo, habían escuchado emocionados su palabra, habían visto asombrados sus milagros - clamor del

Reino-, habían contemplado su infinita misericordia reflejada en su rostro y hecha realidad en su servicio a los pobres, los sencillos, los pecadores, a los enfermos...Eran los tiempos de la primavera de Galilea...

En este momento sublime, los discípulos recordarían la promesa que Jesús hizo en Cafarnaún: “si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre...” (Jn.6,31).

Jesús se ha sentado a la cabecera de la mesa. Los discípulos, sentados en torno a la mesa y emocionados, contemplan cómo Jesús toma un trozo de pan y dice sobre él unas palabras nuevas: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”. Y toma después una copa llena de vino y dice sobre ella: “Este es el cáliz de mi sangre que se derrama por vosotros”.

En este cenáculo sencillo y humilde, Jesús ha instituido la Eucaristía, el sacramento del amor, el corazón de la Iglesia, el vínculo de unión, el sagrado banquete. Antes de iniciar el camino de su Pasión y de su muerte, Jesús ha dejado a sus discípulos y, en ellos, a nosotros, el inmenso don y regalo de la Eucaristía, memorial sacramental de su Pasión, Muerte y Resurrección.

Jesús se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los siglos en el sacramento de la Eucaristía. El pan se ha convertido en el Cuerpo de Cristo y el vino se ha convertido en la Sangre de Cristo. La transubstanciación. ¡Gracias, Señor!

¡No dejemos solo al Señor en el sacramento admirable de la Eucaristía!

3.- Aproximémonos al misterio de la Eucaristía

3.1.- Jesús está realmente presente en la Eucaristía.

La presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en la Eucaristía es una verdad de fe: “después de la consagración del pan y del vino, nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está contenido verdadera, real y substancialmente bajo la especie de aquellas cosas sensibles”, del pan y del vino.

“Este es el cordero que enmudecía y que fue inmolado; el mismo que nació de María, la hermosa cordera; el mismo que fue arrebatado del rebaño, empujado a la muerte, inmolado al atardecer y sepultado por la noche; aquel que no fue quebrantado en el leño, ni se descompuso en la tierra; el mismo que resucitó de entre los muertos e hizo que el hombre surgiera desde lo más profundo del sepulcro” (Melitón de Sardes).

El pan se ha convertido en el Cuerpo de Cristo, y el vino se ha convertido en la Sangre de Cristo. “El efecto de las palabras de la consagración no es el de comunicar simplemente una gracia particular, sino

el de hacer presente a Aquel en quien toda gracia tiene origen” (Comité para el Jubileo del año 2000: Eucaristía...”).

3.2.- El sacrificio eucarístico

Las palabras “esto es mi cuerpo entregado por vosotros” (Lc.22,19) atestiguan que el Cuerpo no es dado sólo en alimento a los convidados presentes, sino que es dado “por ellos”, es decir, en sacrificio. Las palabras “esto es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por muchos” (Mc.14,24) aluden, aún más explícitamente, al sacrificio.

¿Cómo explicar el sacrificio eucarístico?

Para facilitar la respuesta, seguiremos de cerca al Comité para el Jubileo del año 2000 en su obra: “La Eucaristía, sacramento de vida nueva”.

Cristo quiso dejar a la Iglesia “un sacrificio visible..., en el que estuviera representado el sacrificio cruento que había de cumplirse de una vez para siempre en la cruz y cuya memoria se perpetuara hasta el fin de los siglos”. Las palabras “estuviera representado” significa “hacer presente” el sacrificio de la cruz...La representación consiste en una reproducción sacramental del sacrificio de la cruz; ella hace presente aquel sacrificio de forma que se apliquen sus frutos a la Iglesia. Con su acto de ofrenda, Jesús renueva de forma no cruenta el sacrificio... Este acto lo realiza Cristo en su condición celestial de Salvador glorioso, cuyo sacrificio ha sido consumado; no puede adquirir nuevo valor sino sólo ser aplicado más ampliamente” (Comité... p.116-117)..

El sacrificio sacramental hace presente la ofrenda del Cristo glorioso y no sólo del Cristo implicado en el drama de la cruz...Sólo el Cristo glorioso posee el poder de renovar la ofrenda de su cuerpo y de su sangre en sacrificio....El Cristo que baja al altar es el Salvador resucitado. Y como Salvador resucitado es como se ofrece como alimento y bebida en la comida eucarística. Pero es verdad que es el mismo Cristo que nació de la Virgen, que vivió en la tierra una vida semejante a la nuestra y que se dedicó al cumplimiento de su misión hasta su elevación en la cruz. Pero se nos comunica en la vida superior de su estado celestial, vida que emana de los dones del Espíritu Santo” (Comité... pp.119-121)

3.3.- El sacrificio de Cristo, sacrificio de la Iglesia

El sacrificio eucarístico es sacrificio de Cristo: Cristo es la víctima y es también el sacerdote, el sacerdote principal, que opera a través de los ministros que actúan en su nombre.

Pero el sacrificio eucarístico es al mismo tiempo sacrificio de la Iglesia. Y ésta es su razón de ser; en cuanto sacrificio sacramental existe sólo en función del bien de la Iglesia y de sus miembros. ¿Con qué fin se renueva la ofrenda del sacrificio de la cruz si no es para llegar a ser el sacrificio de la Iglesia? El sacrificio consumado en el Calvario no necesita ser repetido. Es único y fue ofrecido de una vez para siempre, adquiriendo para la humanidad las gracias necesarias para la salvación. Por tanto, la “representación sacramental de aquel sacrificio significa una implicación de la Iglesia en ese sacrificio. Esto supone que la Iglesia está en grado de hacer suyo el sacrificio de Cristo y de entrar en la implicación que aquel sacrificio comporta.

Por tanto, el sacrificio eucarístico no es sólo la mera repetición de la ofrenda de Cristo en el Calvario, sino también apropiación, por parte de la Iglesia, de aquella ofrenda, para una fecundidad más amplia.

Esta apropiación del sacrificio de Cristo por parte de la Iglesia es una apropiación objetiva en el sentido de que, sacramentalmente, la ofrenda del Salvador llega a ser la de la Iglesia, a través de la realización del rito instituido por Jesús durante la Última Cena. Las palabras de la consagración realizan el sacrificio de Cristo como sacrificio de la Iglesia.

Esta apropiación objetiva, garantizada por el rito, tiende a completarse en una apropiación subjetiva, es decir, el sacerdote y los fieles que participan en la Eucaristía están invitados a asociarse, con sus disposiciones personales, a la ofrenda del sacrificio redentor. La celebración eucarística tiende a hacerles compartir a ellos los sentimientos y la voluntad de oblación del Salvador” (Comité pp.122-124).

3.4.- “Tomad y comed...Tomad y bebed”

Aquella noche en que iba a ser entregado, Jesús no guardó nada para sí mismo, sino que se entregó todo El, se puso en común, se puso a disposición de todos. Cuando se ama de verdad, no se dan cosas ni se regatea en la generosidad, sino que se entrega uno mismo hasta llegar a regalar la propia vida.

La prueba máxima de esta entrega de Jesús es que ofreció a sus discípulos y, en ellos, a nosotros, su propio cuerpo para que lo comiéramos y su propia sangre para que la bebiéramos sacramentalmente. La Eucaristía es el viático para recorrer el camino que nos lleva a la Casa del Padre.

La invitación a comer y después a beber tiene la ventaja de llamar la atención sobre el deseo de Cristo de nutrir a los creyentes con su cuerpo y de calmar la sed con su sangre. Es Cristo quien organiza el banquete eucarístico y quien invita personalmente a todos los hombres a beneficiarse de él.

La participación en el banquete de la Eucaristía es entrar en comunión con Jesucristo: “El cáliz que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo?”. En la Eucaristía Cristo mismo, en su existencia gloriosa de Resucitado, se nos da como alimento para nuestro camino. “El que come de este pan vivirá para siempre”.

3.5.- “Haced esto en memoria mía”

De nuevo las palabras de Jesús: “haced esto en memoria mía”, en esta noche santa, producen emoción en los discípulos, que agradecen este don. De esta orden de Jesús nace la celebración de la Eucaristía en la Iglesia.

Diciendo Jesús “haced esto en conmemoración mía”, no deseaba sólo que los hombres vivieran después de El acordándose de El. Quería hacer de la Eucaristía un memorial. El memorial no consiste simplemente en una memoria subjetiva. Es manifestación exterior, institucional, de la memoria: es recuerdo que se inscribe definitivamente en la historia, para dar un carácter perpetuo al acontecimiento que debe ser conmemorado.

Con la Eucaristía, Jesús ha querido un nuevo memorial. Transformando la comida pascual en comida eucarística, instituyó un memorial que reprodujera perpetuamente lo que aconteció en la Última Cena. No era suficiente que el amor sublime que inspiró su pasión redentora quedara en el recuerdo de la humanidad. Este amor quería darse con una comida destinada a ser vivida en la vida de la Iglesia y que habría comportado una renovación incesante de la ofrenda redentora. Así quedaba garantizada la realidad objetiva del memorial.

El memorial eucarístico es único en su género en fuerza de la divinidad de Cristo: memoria y presencia actual coinciden (Comité...). Se trata del Memorial del mismo Jesús, es decir, de su Muerte (=su sacrificio) y de su Resurrección (= su Pascua).

Jesús confía a sus discípulos hacer en su nombre y autoridad lo que El acaba de realizar. Jesús instituye el Sacerdocio Ministerial. En adelante y hasta el final de los siglos, Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, renovará su inmolación en el signo sacramental por medio de los sacerdotes.

4.- “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis como Yo os he amado”

Solo desde la vida entregada hasta el final, desde el amor sacrificial de Jesús, se puede comprender este mandamiento nuevo.

Para sentarse a la mesa de Jesús y comulgar con su Cuerpo y su Sangre, hay que dejar atrás y para siempre todo signo de egoísmo, de odio, de incomprensión. Antes de acercarse a la mesa del Señor hay que perdonar, hay que reconciliarse con los demás, hay que limpiar el alma de toda mancha de pecado mortal en el sacramento de la Penitencia.

Jesús nos pide que seamos y actuemos como Él: siervos arrodillados para servir a todos. Servidores de todos, pero de manera especial y preferencial de los más pobres, de los necesitados, de los enfermos, de los abandonados, de los que nadie quiere y ante los cuales se vuelve el rostro y se les da la espalda...

En esta noche santa nos pide el Señor que “seamos uno como El y su Padre son uno”. Debemos mantenernos unidos a El, como los sarmientos a la cepa. Debemos mantenernos unidos unos y otros como hermanos. El amor es y será el gran signo que acredita que somos sus discípulos: “en esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn.13,35).

5.- Jesús es entregado por Judas, negado por Pedro y abandonado por todos

La noche, en que iba a ser entregado, Jesús experimenta con profundo dolor la reacción de sus discípulos, sus amigos más cercanos...

Judas lo vende por un puñado de monedas....

Pedro lo niega

Los demás lo abandonan y lo dejan solo en el camino de la Pasión.

¿Cómo nos comportamos nosotros con el Señor?

IV.- COMPROMISOS CRISTIANOS

1.- Comulgar con el Cuerpo entregado de Cristo...y la Sangre de Cristo derramada

Somos invitados a acercarnos, limpios de pecado, a participar en el banquete de la Nueva y Eterna Alianza. Comulgando con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, hemos de estar dispuestos a entregarnos por los demás, a regalarles nuestra vida....

2.- Los que comemos de un mismo pan, formamos un solo Cuerpo

Participar en el banquete eucarístico lleva consigo formar un solo cuerpo. Superemos, por tanto, el individualismo, el vivir y actuar aislados para adentrarnos en la dinámica de la comunión....

3.- Poner la mesa entre los pobres

La participación en la Eucaristía nos pide que vayamos de la mesa eucarística puesta en nuestras Iglesias a extender una mesa muy grande entre los más pobres del mundo.

4.- Hacer que nuestra existencia sea eucarística

El que comulga con el Cuerpo y la Sangre de Cristo ha de procurar que su existencia esté en conformidad con la Eucaristía. Esto significa que nuestra existencia esté adornada de acción de gracias al Padre por Cristo en el Espíritu, de entrega y generosidad a los demás, de atención a los más desgraciados y empobrecidos, y que “se rompa” para poderse compartir con los demás.

V.- LA HORA SANTA

En todas las Parroquias se invita a los fieles a que dediquen un tiempo de oración personal ante el Stmo. Sacramento de la Eucaristía. Que de verdad sea una oración personal, recogida, en silencio... Un silencio orante y contemplativo.

¿Para que nos reunimos en oración ante el Monumento?

Para acompañar al Señor

Para dar gracias al Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

Para meditar en la Nueva Alianza sellada con la sangre de Jesucristo.

Para acoger el misterio de la Eucaristía a fin de que nuestra existencia sea eucarística.

Para meditar el mandamiento nuevo del amor

CELEBRACIÓN LITÚRGICA DEL VIERNES SANTO

En este día, en que «ha sido inmolada nuestra Víctima Pascual: Cristo (1 Cor 5,7), lo que por largo tiempo había sido prometido en misteriosa prefiguración se ha cumplido con plena eficacia: el cordero verdadero sustituye a la oveja que lo anunciaba, y con el único sacrificio se termina la diversidad de las víctimas antiguas» (cf. san León Magno).

En efecto, «esta obra de la Redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada antes por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la antigua Alianza, Cristo, el Señor, la realizó principalmente por el Misterio Pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera» (SC, 5).

La Iglesia, meditando sobre la Pasión de su Señor y Esposo y adorando la Cruz, conmemora su propio nacimiento y su misión de extender a toda la humanidad sus fecundos efectos, que hoy celebra, dando gracias por tan inefable don, e intercede por la salvación de todo el mundo (CO, 312).

Jesucristo, “Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: “el Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,20) Padeciendo por nosotros nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido” (GS 22).

I.- MONICIÓN DE ENTRADA

Acompañemos y contemplemos con profunda fe y amor sincero a Jesucristo en el camino de su Pasión y de su Muerte en la Cruz. El amor de Jesús a los hombres llega a su cumbre y cima en el árbol de la cruz donde se entregó hasta dar su vida por todos: “me amó y se entregó por mí” (Gál.2,20).

La celebración litúrgica del Viernes Santo está centrada totalmente en Jesucristo crucificado. Jesús que había vivido al servicio de todos, al final de sus días recapituló toda su existencia como “servicio y entrega a todos” muriendo en la cruz por todos. La existencia de Jesús por los demás, su pro-existencia, es coronada por una muerte en la cruz por toda la humanidad: “Jesús ha muerto por todos”.

II.- PARA ENTRAR EN LA CELEBRACIÓN

Cristo ha padecido tormentos y humillaciones espantosos, a pesar de ser el Hijo de Dios. Apuró hasta el final el cáliz de dolor, haciéndose así hermano y solidario de todos los que sufren en el mundo. El es el Cordero de Dios que carga con nuestros pecados y quita el pecado del mundo. El es el Siervo de Yahvé que soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores. Ya el profeta Isaías dijo: “En sus llagas hemos sido curados”.

Contemplemos con fe y amor a Jesucristo crucificado y muerto en la cruz por todos. “Mirad a Cristo crucificado, el Salvador del mundo”. “Mirad al que atravesaron”. Esta mirada nos ha de llevar a descubrir en la fe y en el amor el origen de este misterio: “tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo”(Jn.3,16). La Cruz es el signo definitivo del amor de Dios a la humanidad.

Jesucristo crucificado es el Salvador, el Redentor de la humanidad. Cristo ha muerto por todos a fin de que los vivientes no vivan más para ellos mismos, sino para aquel que ha muerto y resucitado por ellos (IICort.5,15). No se trata solo de una inversión de valores sino también de una transformación radical de las razones para vivir, para esperar...

El relato de la Pasión de Jesús según Juan.

Escuchemos el relato de la Pasión de Jesucristo según San Juan con fe, amor y gratitud. Este relato tiene cinco secuencias:

- * La primera es el arresto de Jesús en Getsemaní (Jn.18,1-11).
- * La segunda es el proceso religioso (Jn.18,12-27)
- * La tercera es el proceso romano (Jn.18,28—19,16a)
- * La cuarta es la crucifixión y muerte de Jesús en el Calvario (Jn.19,16b-37).
- * La quinta es la sepultura de Jesús (Jn.19,38-42).

III.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

El Viernes Santo es el día en el que la Iglesia celebra la pasión y la muerte del Señor que ocurrió el 14 de Nisán judío, que aquel año fue viernes, siendo Poncio Pilato procurador de Judea..

1.- El misterio de la entrega de Jesús: ¿quién entregó a Jesús?

En la Pasión de Jesús, todos lo entregaron. Acerquémonos a este misterio insondable.

Dios entregó a su Hijo. Hay una entrega que supera a todas y las trasciende: “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn.3,16-17). Dios Padre con su insondable querer entrega a su Hijo.

Jesús con su obediencia se entregó a sí mismo por nosotros: “nadie me quita la vida, soy yo quien la da” (Jn.10,17-18).

El hombre con su libertad y endurecimiento entrega a Jesús. Los judíos entregaron a Jesús a Pilatos (Mt.27,23).

Pilatos entregó a Jesús para que lo azotaran y lo crucificaran (Mt.27,24-26).

Por ello, para comprender la muerte de Jesús hay que relacionarla con el mundo judío, con el mismo Cristo y con Dios, su Padre.

1.1.- Jesús murió rechazado y negado por los hombres.

Jesús fue ajusticiado. Participaron en su condenación el poder religioso y el poder político. En la causa de su condena están la acusación de blasfemo por parte de los Judíos (cf. Mc.14,53ss) y la de revolucionario por parte del Imperio Romano.

Naturalmente Jesús ni fue un blasfemo, ni fue un revolucionario político.

La muerte de Jesús es humana: es la muerte del Justo, consecuencia de su tenor de vida al ser testigo que no se echó atrás (Is. 50,5) y que cargó con los pecados y dolores de la humanidad.

La muerte de Jesús es aceptada: es la muerte del Profeta, que entregó su vida con esperanza y que antepuso la justicia con los pobres y marginados a su propia vida.

La muerte de Jesús es reconciliadora: es la muerte del Mesías que perdona a sus enemigos, en lugar de aplastarlos y que anuncia la restauración plena del Reino de Dios. Al desplegarse su muerte en la resurrección, restaura el reino de Dios.

Este es el primer nivel de lectura e interpretación de la muerte de Jesús, que debemos tener siempre en cuenta para evitar lecturas ideológicas o mitológicas de la muerte de Jesús.

1.2.- Jesús se entregó porque quiso

Jesús se entregó a sí mismo a la muerte: “nadie me quita la vida, soy yo quien la da” (Jn.10,17-18). Jesús acepta la muerte en cruz como expresión del amor que nos tiene: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” de dar su vida por ellos.

Jesús se entregó a la muerte. Se abandonó a la voluntad y a los designios de Dios, confiando plena y totalmente en El. Es su “Abba”, su Padre.

Jesús no sólo previó y anunció su muerte, sino también le dio un sentido concreto. Su muerte es salvadora: trae la salvación a los hombres. Jesús da su vida para que exista la nueva alianza entre Dios y su pueblo (cf. Mc.10,45).

Jesús vivió su muerte en obediencia y confianza en el Padre. En la Pasión, Jesús deja de hablar de Dios para centrarse en un diálogo filial e íntimo, doloroso y confiado con Dios, su Padre.

Jesús vivió su muerte en actitud de servicio salvador de los hombres. Jesús interpreta su muerte como salvación de la humanidad. “Su cuerpo es entregado por los hombres” y “su sangre es derramada por la humanidad”.

Jesús vive su muerte en solidaridad con los nuevos crucificados y torturados de la historia. Jesús asume de tal modo el pecado y el dolor de los hombres que se solidariza con los que lloran, los que sufren, los pecadores siendo Él santo, inmaculado...Esta solidaridad se traduce en dar su vida por ellos, por su salvación.

1.3.- El Padre entregó a su Hijo

Si es misterioso que Jesús se haya entregado él mismo por nosotros”, más misterioso es que el Padre, su Abba querido, lo haya entregado por nosotros. ¿Cómo es posible y explicable esto? La respuesta es única: el amor: Tanto nos amó Dios, que nos dio a su Hijo único”.

San Pablo llega a afirmar: “El que no perdonó ni su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros...” (Rm.8,32). “Cristo murió por nosotros, que éramos pecadores, ¿puede haber mayor prueba del amor que Dios nos tiene?” (Rm.5,8).

Más allá de los hombres que lo matan; más allá de Jesús que aceptó morir libremente por nosotros, está Dios como Señor de la vida y de la muerte, como Padre de Jesús.

Es verdad que Dios no quiere la muerte de nadie, pero sí quiere la fidelidad total en medio de un mundo tejido de mentiras, egoísmos, injusticias. Esta fidelidad ha de ser total aunque, por la contextura de este mundo y de nuestra historia, sea una fidelidad puesta a prueba e incluso crucificada.

Dios respeta la libertad humana hasta tal punto que se expone a ser rechazado. Dios ama a su Hijo Jesús, y lo ama en la historia concreta de los hombres. Y, a su vez, Jesús ama a Dios, su Padre, y por eso es fiel y obediente hasta la muerte (Mons. R.Blázquez).

¿Cómo se manifestó Dios en la cruz de Jesús?

No con un gesto de poder como esperaban los judíos, sino ocultándolo de alguna forma. Su silencio es signo del respeto a la libertad humana y espacio abierto para la entrega del Hijo.

Este silencio no significa que Dios no esté allí o no exista allí para los hombres. Dios se revela en la cruz como un Dios que es amor gratuito y universal.

La cruz de Cristo no se entiende sin las cruces del mundo y sin los crucificados de la historia. La cruz revela asimismo la realidad de este mundo, su capacidad de dar muerte. No se entiende la cruz de Jesús si no se entiende la realidad de un mundo que crucifica (J.Sobrino). “Una inmensa parte de la humanidad está literal e históricamente crucificada por opresiones naturales y, sobre todo, por opresiones históricas y personales”.

El Dios que se revela en la cruz de Jesús es el Dios que se solidariza con los débiles y oprimidos, con los sufrientes y crucificados de la tierra. En Cristo hemos de encontrar no sólo alivio para el dolor y el sufrimiento, sino también fuerza y decisión, compromiso y empeño para hacer desaparecer toda forma de opresión y para erradicar las causas del sufrimiento, del dolor, de la opresión.

El Dios que se revela en la cruz de Cristo es el Dios que estaba “reconciliando al mundo consigo”.

2.- Jesús murió en la cruz

Jesús ha sido crucificado. Su cruz es levantada entre el cielo y la tierra. “Cuando sea levantado atraeré todos hacia mí”, había dicho Jesús.

En la cruz Jesús dice siete palabras:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc.23,34)

“En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso”
(Lc.23, 46)

“Mujer, he ahí a tu hijo. Juan, he ahí a tu madre” (Jn.19,26-27)
“Tengo sed” (Jn.19,28).
“Todo está cumplido” (Jn.12,39),
“¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mc.15,34)
“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc.23,46).
“Y dando un grito, entregó su espíritu” (Mc.15,37).

“Y un soldado le abrió el costado con su lanza y al instante salió sangre y agua”(Jn.19,33-34).

La muerte de Jesús no debe ser interpretada como si el Padre hubiera exigido un sacrificio humano para aplacar su ira y apaciguar su cólera. “La muerte a la que condenaron a Jesús, y que El aceptó en obediencia a su misión, no implica en modo alguno que Dios, por así decir, haya perdido el control de la situación. Dios ha seguido proclamando su adhesión a Jesús también cuando colgaba de la cruz, y le resucitó de los muertos, abriendo así para siempre las puertas de su Reino, que es un reino del amor y no de la violencia” (G.L.Müller).

3.- Jesucristo nos salvó por su muerte.

La Liturgia del Viernes Santo nos invita a mirar a Cristo Crucificado: “mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo”. La Iglesia se ha comprometido en exhortar al hombre para que dirija su mirada y oriente su corazón a Cristo crucificado. La Iglesia tiene la misión de ayudar a todos los hombres a acoger su redención y salvación que se realiza en Cristo- Jesús.

San Pablo afirma que la cruz de Jesucristo es un acontecimiento salvador que cambia radicalmente al hombre y al mundo: “La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios...Así mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (ICort.1,18.22-24).

La cruz del Señor ha pasado de ser suplicio ignominioso y escandaloso a cruz de salvación: “salve, cruz, esperanza nuestra”. “Resplandece el misterio de la cruz”. El leño seco de la cruz se convierte en el árbol frondoso de la vida y de la gracia. Del costado abierto de Jesús brotan manantiales de salvación: la Iglesia y los sacramentos.

Ahora bien, la cruz del Señor no se entendería sin la resurrección; la cruz no tiene sentido sin la resurrección: “si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; estáis todavía en vuestros pecados” (ICort. 15,17). Nuestra

redención, por tanto, procede del vínculo entre la cruz de Cristo y su resurrección de entre los muertos.

4.- Y María estaba de pie junto a la Cruz de Jesús, su Hijo.

María estaba en el Calvario, junto a la cruz de su Hijo. Ella es la mujer fuerte. María contempla y calla. Ella es la celebrante silenciosa del misterio que ella acoge y al que se entrega. Ella es la mujer orante. Su oración es amor, consentimiento, inmolación.

Ahora se cumplen las palabras que Simeón dijera a María en el Templo de Jerusalén: Este niño está puesto para caída y levantamiento de muchos” y “una espada atravesará tu corazón”.

El Concilio Vaticano II enseña que “María mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde no sin designio divino, se mantuvo de pie, se condolió vehementemente con su Hijo, y se asoció con corazón materno a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma y, por fin, fue dada como Madre al discípulo amado por el mismo Cristo Jesús” (LG 58).

María hizo suyos y compartió los dolores y sufrimientos de su Hijo clavado en la cruz. Pero también al pie de la cruz la unión de María con Jesús, su Hijo, no se daba sólo en el ámbito psicológico natural...”María tiene también por su fe una relación interna con el significado salvífico de la Pasión de Jesús...María se entregó enteramente a sí misma y a su propio Hijo a la soberana voluntad de Dios, por más que en ese momento la voluntad de Dios, que era el único que podía salvarle, resultase incomprensible” (G.L.Müller).

IV.-COMPROMISOS CRISTIANOS.

1.- Contemplemos a Jesucristo muerto en la Cruz

“Contemplaron al que traspasaron
a la hora de nona.
Del costado manó sangre y agua
a la hora de nona.
Hora de gracia,
en que Dios da su paz a la tierra
por la sangre de Cristo”.

Los brazos de Jesús, extendidos y clavados en el madero, ya no pueden abrazar a los niños, y sus manos ya no pueden acoger y acariciar a

los leprosos ni bendecir a los enfermos. En ellos, hemos de contemplar a Dios con sus brazos de padre / madre abiertos de par en par para acoger, abrazar y sostener nuestras vidas rotas por tantos dolores, sufrimientos.

El rostro de Jesús, apagado por la muerte, ya no puede volverse con amor a los necesitados, sus ojos ya no pueden mirar con amor a los pecadores, su boca ya no puede gritar su indignación por las víctimas de abusos e injusticias. En ellos, contemplemos a Dios que nos muestra su amor y su misericordia perpetuos.

Contemplar con amor a Jesucristo Crucificado nos exige vivir como él en una actitud de amor para todos, de entrega y solidaridad con los pobres y los necesitados, de compasión con los enfermos.

Contemplar a Jesucristo crucificado nos pide que estemos dispuestos a experimentar, si es necesario, la persecución, la cárcel, la crucifixión, la muerte... que pueden llegar a nosotros como consecuencia de nuestra fidelidad al Señor y de una vida entregada.

Contemplar a Cristo crucificado nos ha de recordar siempre que a una vida “crucificada”, vivida con el mismo espíritu de amor con que la vivió Jesús, solo le espera resurrección.

2.- Acoger los frutos de la Redención de Cristo

“Os rescataron no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin mancha” (IPedr. 1,18-19). Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu” (Ef.2,18).

Nuestra mejor respuesta a la entrega victimal y redentora de Jesucristo por nosotros ha de ser ésta: arrepentirnos de nuestros pecados, vivir como hijos de Dios, como hermanos en Jesús y como servidores en el Señor, recibir y acoger con fe y gratitud los frutos que brotan del la Cruz del Señor: el perdón y la misericordia de Dios.

3.- Cooperar con la ayuda del Señor en la liberación de los hombres

La realización de esta cooperación siempre con la ayuda de la gracia divina se concreta en:

- * Asumir el dolor humano y esforzarnos en suprimirlo, poniendo nuestra vida al servicio de los sufrientes y crucificados, de los perseguidos y marginados.

- * No crucificar a nadie ni con la palabra, ni con las obras

- * Bajar de la cruz a los nuevos crucificados

- * Aliviar el dolor de los sufrientes...
- * Curar las heridas del alma y del cuerpo de tantos seres humanos que están tirados en las cunetas de la historia...

“Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumento de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo” (Evangelii Gaudium, 187). “El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno” (EG 193).

4.- Abrazarnos con Jesús a la Cruz

En este día y desde la cruz, el Señor nos invita a abrazarnos a su Cruz. Esto significa que hemos de estar dispuestos a:

Desprendernos de todo signo de egoísmo, soberbia, endiosamiento.
Llegar a ser el último de todos, el servidor de todos
Entregar la vida por los demás.

“En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías
cuando las tuyas están llenas de heridas?
Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.
Y solo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es solo
la llave santa de tu santa puerta”.

5.- Asumir el sufrimiento para suprimirlo

La cruz de Cristo nos recuerda que hay un sufrimiento que es preciso suprimir: es el dolor injusto e impuesto a tantos seres humanos y a tantos

pueblos. Es más fácil desde luego cerrar los ojos para no ver, cerrar los oídos para no escuchar y hundirnos en nuestro egoísmo.

El que sigue a Cristo crucificado no puede ser indiferente al sufrimiento de las gentes y de los pueblos. El discípulo del Crucificado ha de hacerse no sólo sensible, sino también vulnerable ante el dolor de los demás: sufre con el dolor del hermano, se solidariza con los crucificados y lucha de forma cristiana para que “cada vez sea más imposible que unos hombres crucifiquen a otros” (L. Boff).

Hemos de ser el Cirineo de nuestros días y, por tanto, hemos de ayudar a llevar la cruz a tantos que la llevan hoy: los pobres y los que no tienen trabajo; los emigrantes y los enfermos; los que han perdido la fe y la esperanza; las víctimas de la violencia y del hambre; los que no tienen casa para vivir...

6.- Humanizar el dolor inevitable y hacerlo instrumento de redención

Tarde o temprano todos nos vamos a encontrar con el sufrimiento propio de nuestra condición humana (enfermedad, desgracias, vejez, muerte...). En estas condiciones hay que asumir este dolor de forma adecuada y correcta: abrimos silenciosa y confiadamente al misterio de un Dios que, en un amor infinito al hombre, ha querido compartir nuestro sufrimiento” (J.A.Pagola).

Y cuando me llegue el dolor, que yo sé que me llegará
que no se me nuble la fe ni se me enturbie el amor”

Y, cuando hay que subir montaña, -Calvario lo llama Él-,
siento en su mano amiga que me ayuda una llaga dolorosa”.

7.- En la esperanza de la resurrección

Ni el dolor, ni la muerte son las últimas palabras sobre el hombre ni sobre la historia. ¿Olvidamos tal vez que Dios resucitó a Jesucristo Crucificado?. Por eso, tenemos que afianzar la convicción de que caminamos hacia la resurrección...

Ahora bien, para llegar a la resurrección gloriosa es necesario seguir el mismo camino que recorrió Jesús: “Sería un grave error pretender apuntarse a la resurrección de Jesús en su último estadio sin recorrer las mismas etapas históricas que recorrió Jesús” (J.Sobrino).

Potenciemos, también, la esperanza que está contenida en la cruz. Los que siguen a Cristo crucificado no sufren como derrotados, sino como portadores de una esperanza, aunque ésta a veces sea una esperanza crucificada.

8.- En comunión con María.

Los discípulos de Jesús hemos recibido el regalo que nos ha hecho Jesús: su Madre. Con el apóstol Juan hemos escuchado las palabras de Jesús: “ahí tienes a tu Madre” (Jn.19,27).

Esperemos como ella y con ella la resurrección de Cristo.
Potenciemos la dimensión mariana de nuestra vida.

CELEBRACIÓN DE LA VIGILIA PASCUAL

I.- MONICIÓN DE ENTRADA

Según una antiquísima tradición, esta es una noche de vela en honor del Señor, y la Vigilia que tiene lugar en la misma, conmemorando la Noche Santa en la que el Señor resucitó, ha de considerarse como «la madre de todas las Santas Vigilias» (san Agustín).

Durante la Vigilia, la Iglesia espera la Resurrección del Señor y la celebra con los sacramentos de la iniciación cristiana (CO, 332). Los fieles, tal como lo recomienda el Evangelio (Lc 12, 35-48), deben asemejarse a los criados que con las lámparas encendidas en sus manos esperan el retorno de su Señor, para que, cuando llegue, los encuentre en vela y los invite a sentarse a su mesa.

Esta vigilia es figura de la Pascua auténtica de Cristo, de la noche de la verdadera liberación, en la cual, «rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo» (Pregón pascual).

La celebración de la Vigilia Pascual, Madre de las vigilias (San Agustín), es una sucesión de experiencias religiosas muy ricas y variadas por su contenido teológico y su profunda significación para todos. Es la gran noche de los cristianos, su fiesta principal. “Es la celebración más importante del Año Litúrgico, la culminación de la Semana Santa y el eje de toda la vida cristiana” (C.Floristán).

En esta noche santa, bendecimos el fuego nuevo, encendemos el cirio pascual, abrimos el manantial del agua viva en la pila bautismal. Seamos nosotros como el fuego que purifica; seamos luz que brilla en las tinieblas; seamos vasos de agua limpia que apaga la sed del sediento.

Celebramos la intervención de Dios en la historia resucitando a su Hijo Jesús de entre los muertos a una vida nueva y definitiva, plena y total que ya no acaba nunca.

Cristo ha resucitado. Por eso, “no lo busquéis entre los muertos”. El vive en el Padre con el Espíritu Santo; y también está presente en la Eucaristía, en la Palabra, en la Comunidad Cristiana, en los pobres, en cada uno de nosotros....

Cristo ha resucitado. El está presente de una forma nueva entre nosotros. El hace camino con nosotros, nos acompaña, nos alienta, llena nuestro corazón de alegría y de esperanza, nos da la certeza de que un día todos los que hemos abierto el corazón a su amor seremos felices con El para toda la eternidad.

El Pueblo cristiano ha contemplado el Misterio de la Muerte del Redentor y ha esperado con María, su Madre, en silencio y oración, el triunfo de Jesús: su resurrección.

En todos los lugares del mundo, los cristianos nos reunimos para celebrar esta Vigilia Pascual transida de alegría y de esperanza y repleta de unción, hasta que llegue la manifestación plena de la Vida, el resplandor de la Luz, el estallido de la Alegría, el anuncio gozoso de la Resurrección de Jesús, que pasó por la vida haciendo el bien y que murió en la cruz por nuestros pecados.

Dios acreditó a Jesús resucitándolo.

Jesús tenía razón.

Jesús es el Hijo de Dios que se hizo hombre para redimirnos del pecado, de la ley y de la muerte.

¡Aleluya, Aleluya!

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Noche de Luz

El fuego. En esta Noche Santa encendemos el fuego, extraído de la roca viva, y alabamos a Dios por el hermano fuego que da vida, resplandor y calor. Y de la llama de este fuego nuevo encendemos el Cirio pascual.

El Cirio Pascual es símbolo de Cristo que se levanta glorioso y triunfante del sepulcro. Este Cristo que es el lucero que no conoce ocaso, que alumbra el mundo y al hombre sumidos en las tinieblas de la ignorancia, del pecado, de la muerte (Pregón Pascual).

Encendamos nuestras velas en el Cirio pascual. En esta Noche Santa, hemos encendido nuestras velas en el Cirio Pascual. Así participamos de la misma Luz, que es Cristo resucitado. El que cree en Cristo y lo sigue, sale de las tinieblas del pecado y de la muerte a la luz admirable, deja una vida oscura y sin sentido para adentrarse en una vida nueva, llena de claridad y sentido. Contemplemos esta luz y dejémonos iluminar por ella.

Compartamos nuestra luz con los demás. Esta luz no es para nosotros solos. El Señor nos la ha regalado para que nosotros la compartamos con los demás y seamos así luz del mundo que disipe las tinieblas del error, del pecado. Mantengamos nuestras lámparas encendidas y así esperemos y aguardemos la vuelta gloriosa del Señor al final de los tiempos.

Un día, el Señor nos ha de preguntar: ¿qué habéis hecho de la luz cuando yo veo a tantos seres humanos sumidos en la oscuridad de la noche, del pecado, de la muerte, del dolor...?

Oremos con la Iglesia:

“Te rogamos, Señor, que este Cirio consagrado a tu nombre, arda sin apagarse para destruir la oscuridad de esta noche, y como ofrenda agradable se asocie a las lumbreras del cielo. Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo, ese lucero que no conoce ocaso y es Cristo, tu Hijo resucitado, que, al salir del sepulcro brilla sereno para el linaje humano y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos” (Pregón Pascual).

2.- Noche Bautismal

En esta Noche Santa, la Iglesia nos invita a renovar nuestro Bautismo y las promesas que en él hicimos, así como a profesar una vez más nuestra fe católica.

Sumergirse en el agua o ser rociados con agua expresa que por el Bautismo cada uno es sumergido en la experiencia pascual de Cristo muerto y resucitado. El agua es símbolo de purificación y de renovación.

Agradecemos a Dios el bautismo que nos regeneró, nos purificó, nos dio vida eterna, nos hizo hijos adoptivos de Dios, nos incorporó a la muerte y resurrección de Jesucristo y a la Iglesia, su Cuerpo místico.

“Por el Bautismo fuimos incorporados a su muerte para que así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros emprendamos una vida nueva” (Rm.6,4). El Bautismo es la inmersión en la muerte de Cristo para tomar parte en la vida nueva del Resucitado (cf. Rm.6,3-4).

“Injertados en Cristo y partícipes de su muerte, hemos de compartir también su resurrección” (Rm.6,5).

“¡Habéis resucitado con Cristo!. Orientad, pues, vuestra vida hacia el cielo, donde está Cristo, sentado al lado de Dios...Poned el corazón en las realidades celestiales y no en las de la tierra. Muertos al mundo, vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3,2-3).

Hermosos textos de Pablo en los que nos enseña:

* Por la fe y el Bautismo hemos sido incorporados al misterio de Cristo. Hemos sido crucificados, muertos y sepultados con Cristo de forma mística y sacramental, para que así como Cristo resucitó, también nosotros caminemos en una novedad de vida, la vida del Espíritu, que un día eclosionará en la resurrección al final de los tiempos.

* Hemos salido de la pila bautismal como creaturas nuevas. Por eso hemos de andar y caminar como hijos de la luz, en una novedad de vida, en la esperanza de que un día el Señor nos resucite para la vida gloriosa y eterna.

* Por la fe y el Bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia: “misterio, comunión y misión”, o “misterio de comunión en tensión misionera” (Juan Pablo II).

3.- Noche que inaugura la Nueva Vida

Por Cristo muerto y resucitado, la muerte ha sido vencida, y el pecado ya no domina el mundo.

Con tu resurrección, Señor, han renacido los anhelos y las esperanzas más hondas del ser humano. Por eso canta la Iglesia alborozada:

“Noche santa, que ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos” (Pregón Pascual).

Lo viejo y caduco del hombre y de la historia han muerto y han sido sepultados. Ha nacido la nueva creación, se ha iniciado el nuevo éxodo, se ha sellado la nueva alianza entre Dios y los hombres, brota el hombre nuevo de la resurrección de Cristo. Hombres y mujeres nuevos con la novedad del Espíritu Santo para un mundo nuevo, para una creación nueva, para un universo nuevo...

Las puertas del Paraíso se han abierto de par en par para la humanidad. Ahora tenemos la posibilidad de ser inmensamente felices y para siempre en comunión de vida y de gozo con Jesucristo, el Cordero Inmaculado que se ha ofrecido por nosotros en el altar de la Cruz y ahora vive y reina glorioso con el Padre en la unidad del Espíritu Santo.

4.- Noche que desemboca en la aurora de la resurrección de Jesucristo

“Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende glorioso y triunfante” (Pregón Pascual).

Ahora podemos gritar con fuerza y alegría con San Pablo: “Muerte, ¿dónde está tu victoria? Cristo resucitado ha vencido a la muerte para siempre. En Cristo hemos vencido a la muerte para siempre”.

La Buena Noticia que la Iglesia proclama al mundo es ésta: Cristo ha resucitado y ha traído la vida, la esperanza, la paz, la alegría, el amor, la liberación al mundo...Cristo inaugura así los tiempos nuevos, la nueva humanidad para una nueva creación...

El camino de la salvación está abierto para todos. Recorrámoslo con la ayuda del Señor y en fraternidad curando a los enfermos....

5.- Testigos de Cristo resucitado ante los demás.

Jesucristo Resucitado nos envía al mundo, a los pueblos y ciudades, para anunciarles a todos que Él ha resucitado para siempre..

Jesucristo Resucitado nos envía a hacer de los pueblos, naciones...tierras de liberación y de resurrección. Por tanto, promovamos una pastoral de vida y de resurrección en nuestras tierras...Esto es un signo de la conversión pastoral.

Los pueblos y las naciones serán tierras de resurrección y de vida

- cuando destruyamos las cadenas que los esclavizan: la violencia, los odios, las injusticias, los odios, las marginaciones.

- cuando sembremos en los surcos del corazón humano y de la historia la buena semilla de la vida y de la justicia, de la paz y del amor, de la concordia y del entendimiento, del perdón y de la libertad, del respeto y de la compartición de los bienes con los necesitados...

Un día esta semilla germinará y dará fruto, y entonces el mundo será más feliz, más libre, más justo, más fraterno, más abierto a Dios...y será así anticipación del mundo nuevo y signo vivo del Reino de Dios.

Gracias a las energías del amor, los hombres, los pueblos y las naciones nos vamos acercando a la unidad en la paz, en la justicia, en el perdón, en la libertad, en la justicia...El punto de incandescencia de la humanidad será la unidad de todos los hombres, más allá de la diversidad de lenguas, razas, culturas....

Al final de los siglos, toda la creación será recapitulada en Cristo Jesús. Todo será reunido en el amor. Y Cristo, después de haber vencido el pecado, la muerte..., y de haber transmitido su vida de resucitado, entregará el Reino al Padre. Y Dios será todo en todo...para toda la eternidad.

6.- Noche de profunda alegría

Dios ha sellado un nuevo pacto con la humanidad, un nuevo testamento de amor en Cristo Jesús. Por eso, ¡álégrese la Madre Iglesia por la victoria del Rey de la gloria! Esta alegría inunda el mundo y a la humanidad.

¡Que se alegren los tristes, los que lloran y los afligidos!

¡No tengamos ya miedo!.

¡No nos asustemos!.

¡Cristo ha resucitado!

Nuestra tristeza se convertirá en alegría íntima, en gozo desbordante.

Cristo resucitado vendrá de nuevo y nos llevará con Él.

Se alegrará nuestro corazón, y nadie nos quitará nuestra alegría que nace del encuentro con Jesucristo resucitado.

Atrás quedan el miedo, la zozobra, el temor, la desesperanza...
Ahora han renacido el júbilo, la alegría, el gozo pascual....

¡Este es el día en que actuó el Señor! Sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Ya no hay puertas cerradas.

Ya nadie está solo en el mundo.

Ya no hay lugar para la desesperanza.

Por la resurrección del Señor, creemos que el hombre y la mujer están abiertos a Dios y no terminarán ni en el fracaso ni en el abismo de la nada, sino en el Reino eterno de Dios.

¡Alegrémonos, hermanos!

Cristo resucitó y nosotros resucitaremos un día de nuestros sepulcros por la fuerza del Espíritu de Vida.

“El que cree en Mí aunque haya muerto vivirá (...), y yo lo resucitaré el último día”.

Ahora ya hemos degustado las primicias de la Vida Nueva en las aguas bautismales; al final de los tiempos, resucitaremos para siempre en la eternidad de Dios.

Hoy podemos gritar: “Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?”.

7.- Noche de la Eucaristía

La Eucaristía es la cumbre de la Vigilia Pascual.

Esta es la Noche en que toda la Iglesia da gracias al Padre por la obra maravillosa de la Creación y por la obra mucho más maravillosa aún de la Resurrección de Jesucristo que inaugura la nueva creación, los nuevos tiempos....

En esta Noche Santa, la Iglesia inundada de tanta luz, celebra gozosa la Eucaristía, memorial sacramental de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. La Eucaristía anuncia solemnemente la muerte del Señor y proclama públicamente su resurrección en la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos.

Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!

Y si la Eucaristía es la acción de Gracias de Cristo al Padre, la Iglesia, extendida por toda la tierra, celebra esta acción de gracias al Padre por Cristo en el Espíritu Santo:

“Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza a la gloria de la Víctima propicia de la Pascua”.

“Cantemos al Señor, sublime es su victoria”. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Demos gracias a Dios por las maravillas que ha realizado en la Historia de la Salvación.

Demos gracias a Dios por la resurrección de Cristo, que es la cima y el culmen de la Historia de la Salvación.

III.- COMPROMISOS CRISTIANOS

1.- Morir con Cristo al pecado para vivir una vida nueva y para resucitar con El a la Vida.

La Pascua de Jesús es su paso de este mundo al Padre a través del desfiladero angosto y doloroso de la muerte.

Nuestra pascua, en este mundo, es pasar del pecado y de la muerte a la Vida de Dios a través del arrepentimiento y de la conversión que conducen al sacramento de la Penitencia.

Nuestra pascua última es resucitar y pasar, por la misericordia de Dios, de este mundo al Reino eterno de Dios.

2.- Miembros vivos de la Iglesia

Hoy experimentamos el gozo de vivir en el seno de la Iglesia, Pueblo santo de Dios, del cual Jesucristo resucitado es la piedra angular, la fuente de la salvación, la luz que todo lo ilumina. Los apóstoles son fundamentos de la Iglesia, edificados sobre Cristo, y nosotros somos las piedras vivas de la Iglesia, siendo la piedra que cierra la bóveda de este edificio el mismo Jesucristo.

Potenciemos nuestra pertenencia afectiva y efectiva a la Iglesia.

Incrementemos nuestra participación en la vida de la Iglesia desde el carisma y gracia recibidos, actuando siempre en comunión eclesial.

Evangelicemos con nuevo ardor, con nuevas expresiones, con el fervor de los santos.

3.- Anunciar a Jesucristo resucitado.

Cada uno de nosotros hemos de anunciar a todos que Jesucristo ha resucitado glorioso y que vive para siempre sentado a la derecha del Padre e intercede por todos. No olvidemos las palabras de San Pablo: “si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; estáis todavía en vuestros pecados” (ICort.15,17). “¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (ICort.15,20).

Realmente ¡Jesucristo resucitado es la gran noticia que necesita la humanidad entera!

El Señor nos ha dicho: “Id, haced discípulos míos a todas las gentes...” (Mt.28).

4.- Asumir la Cruz como camino hacia la Vida

Es necesario asumir la cruz, aunque sea dolorosa y costosa.

Hemos de recuperar la centralidad de la Cruz, pero abriéndonos a la resurrección, manantial de una vida nueva y santa. Por la cruz a la resurrección.

Al final del camino de la vida no están la nada, el absurdo, la destrucción total.

Jesucristo resucitado nos da la certeza de resucitar con Él para la vida eterna.

5.- Buscar la plenitud personal en Jesucristo

Todos buscamos la plenitud y la felicidad personal.

A veces nuestros caminos están bloqueados y son oscuros.

En otras ocasiones, nuestros caminos están vacíos y son estériles.

Recuperemos la convicción y la certeza de que sólo en Cristo muerto y resucitado están nuestra felicidad y plenitud.

Unas palabras del Papa Francisco:

“¡Hermanos! No nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos que no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a Él (...)

Acepta entonces que Jesús resucitado entre en tu vida, acógelo como amigo, con confianza: ¡Él es la vida!

Si hasta ahora has estado lejos de él, da un pequeño paso: te acogerá con los brazos abiertos.

Si eres indiferente, acepta arriesgar: no quedarás decepcionado.

Si te parece difícil seguirlo, no tengas miedo, confía en Él, ten la seguridad de que Él está cerca de ti, está contigo, y te dará la paz que buscas y la fuerza para vivir como él quiere” (Papa Francisco, Homilía en la Vigilia Pascual, 2013).

6.- Hacer posible mediante nuestra colaboración que Cristo resucite en todos

Es verdad que Cristo resucitó en un momento determinado de la historia. Pero también es verdad que Él quiere resucitar en todos.

Esta nueva resurrección de Cristo necesita nuestra colaboración. Cuando sembramos paz y amor, justicia y libertad, perdón y misericordia...

donde hay violencia, desprecio, injusticias, opresiones...allí está resucitando Jesucristo.

Es necesario que seamos hombres y mujeres con un talante de resurrección. Esto nos exige:

- * Apostar por la vida humana y defenderla en cualquier circunstancia en que se encuentre
- * Optar por la comunión y la fraternidad.
- * Esperar más allá de lo que vemos y palpamos
- * Sembrar la justicia y la libertad en el hombre y en el mundo
- * Asumir la causa de los más desgraciados

Terminamos con unas palabras de C. Floristán:

“Creemos en la resurrección de Jesús y en la resurrección de los muertos:

- Cuando creemos que la última palabra no la tienen ni la injusticia ni la muerte;
- Cuando creemos que ha comenzado el triunfo de la justicia y de la vida en Jesucristo;
- Cuando creemos y nos comprometemos por el Reino de Dios, predicado por Jesús y realizado ya en el Resucitado”.

Los testigos de Jesucristo Resucitado son testigos de la luz, revestidos de blanco, que no hablan de sí mismos, sino de Cristo, para decirse unos a otros: “Ha resucitado el Señor”, “verdaderamente ha resucitado el Señor”.

LA SOLEMNIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

“Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

1.- MONICIÓN DE ENTRADA

¡ Feliz pascua de Resurrección para todos!

En este Día Santo, nos reunimos los cristianos para celebrar con gozo la resurrección de Jesucristo y encontrarnos con el Resucitado que nos transmite la alegría, la paz, la valentía y la paciencia para ser y actuar como auténticos cristianos.

“Vimos romper el día
sobre su hermoso rostro y al sol
abrirse paso por su frente.
Que el viento de la noche no apague
el fuego vivo, que nos dejó tu paso
en la mañana”.

El drama de la pasión y de la muerte de Jesús no termina en la cruz, sino que se abre y se consuma en la gloriosa Resurrección. ¡Jesucristo vive!

Jesucristo Resucitado nos comunica que la muerte no es el final del camino ni el abismo de la nada en el que nos precipitamos, sino una puerta que se abre a la eternidad de Dios.

Alegraos, hermanos, que Cristo ha resucitado y vive para siempre.
Alegraos, hermanos, que Cristo ha vencido a la muerte para siempre
Alegraos, hermanos, que Cristo nos ofrece su victoria sobre la muerte
Alegraos, hermanos, que Cristo intercede por nosotros
Alegraos, hermanos, este es el Día que hizo el Señor, el Día de la Pascua, sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Jesucristo resucitado nos invita a vivir y a actuar como “resucitados”:

- poner vida donde hay destrucción y muerte,
- poner gracia donde hay pecado

- poner paz donde hay guerra, violencia...
- poner amor donde hay odio, rencor...
- poner alegría donde hay tristeza, desilusión....
- poner esperanza donde hay desesperanza, desánimo
- poner fraternidad donde hay enemistad, división...

2.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Jesús ha resucitado

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado” (Lc.24,5-6).

Este es el anuncio pascual que la Iglesia hace al mundo y a la humanidad entera ayer, hoy y siempre.

Esta es la Buena Noticia que comunica la Iglesia a todos en todos los tiempos (cf. Hech.2,23-24.32).

“Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho” (Mt.28,5-6).

Este anuncio a las santas mujeres es el corazón del mensaje cristiano, transmitido fielmente de generación en generación.

“Os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús” (Hech.13,32-33).

La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, y transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz:

“Cristo ha resucitado de los muertos,
con su muerte ha vencido la muerte.
Y a los sepultados ha dado la vida” (Liturgia Bizantina)
(CATIC 638),

2.- Aproximación al misterio de la resurrección de Cristo?

“La fe en la resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente trascendente en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios” (CATIC 656).

“La Resurrección de Cristo es un acontecimiento trascendente porque, además de ser un evento histórico, verificado y atestiguado mediante signos y testimonios, trasciende y sobrepasa la historia como misterio de la fe, en cuanto implica la entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios” (Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio, 128).

2.1.- “La resurrección de Cristo es una obra trascendente de Dios. Las tres Personas divinas actúan conjuntamente, según lo que es propio de cada una: el Padre manifiesta su poder, el Hijo “recobra la vida, porque la ha dado libremente” (Jn,10,17), reuniendo su alma y su cuerpo, que el Espíritu Santo vivifica y glorifica” (Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio 139).

2.2.- La resurrección de Jesús no es su vuelta a la vida terrena para morir más tarde, como había sido la resurrección de Lázaro. En este caso sería una mera reanimación del cadáver de Jesús. La resurrección de Jesús es “una cosa esencialmente distinta a una reanimación de su cadáver. En su cuerpo resucitado, Él pasa del estado de muerte a “otra” vida, ultra-temporal y ultra-terrestre”. El cuerpo de Jesús es colmado del poder del Espíritu Santo en la resurrección, es hecho partícipe de la vida divina en el estado de gloria, de modo que podemos decir de Cristo, con San Pablo, que es el “hombre celestial”.

“La resurrección de Cristo no es un retorno a la vida terrena. Su cuerpo resucitado es el mismo que fue crucificado, y lleva las huellas de su Pasión, pero ahora participa ya de la vida divina, con las propiedades de un cuerpo glorioso. Por esta razón Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer a sus discípulos donde quiere y bajo diversas apariencias” (Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio 129).

2.3.- La resurrección de Jesús es un acontecimiento real. “El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento (ICort.15,3-4)” (CATIC 639). Jesucristo tras la muerte, vive junto al Padre y entre nosotros una vida más plena, más gozosa, más comunicativa que en su vida mortal.

Jesucristo no pervive sólo en la fe, en el recuerdo, en el cariño de sus discípulos y seguidores. El no ha resucitado porque creemos en El, sino que creemos en El porque ha resucitado. “Nosotros sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no morirá; la muerte ya no tiene poder sobre Él porque su morir fue un morir de una vez para siempre; en cambio, su vivir es un vivir para Dios” (Rm.6,9).

2.4.- La resurrección de Jesús es el centro de la vida cristiana y el fundamento de nuestra fe: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, es vana nuestra fe” (ICort.15,14). Si Cristo no ha resucitado, la predicación es voz sin contenido, es grito sin poder. Si Cristo no ha resucitado el perdón de los pecados y la existencia nueva se desvanecen. “Nuestra fe se funda en la muerte y resurrección de Cristo, igual que una casa se asienta sobre los cimientos: si ceden estos cimientos, toda la casa se derrumba. En la cruz, Jesús se ofreció a sí mismo cargando sobre sí nuestros pecados y bajando al abismo de la muerte, y en la Resurrección los vence, los elimina y nos abre el camino para renacer a una vida nueva” (Papa Francisco. Audiencia general; 10-IV-2013).

2.5.- La resurrección de Cristo es el núcleo básico de la fe cristiana y de nuestra esperanza, al igual que su pasión y muerte en cruz. La Resurrección de Jesús es el centro del mensaje cristiano, que resuena desde los comienzos y se ha transmitido para que llegue hasta nosotros. San Pablo escribe: “Yo os transmití, en primer lugar, lo que también yo recibí...” (ICrt.15,3-5).

2.6.- La Resurrección de Cristo es el inicio del renacimiento del hombre desde sus raíces más profundas y del surgimiento poco a poco de un espíritu sin soberbia, de unas entrañas sin maldad, de una vida sin dureza, de una mirada misericordiosa sobre el hombre y el mundo. La resurrección de Jesús ha transformado desde sus cimientos la existencia humana. La paz, el perdón, la reconciliación, la confianza, el gozo, y la esperanza... son las formas en que se desentraña esa transformación (F.Mussner).

2.7.- “Cristo, “el primogénito de entre los muertos” (Col.1,18), es el principio de nuestra propia resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma, más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo” (CATIC 658).

2.8.- “El Señor es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de los corazones y plenitud de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos” (GS 45).

2.9.- “La resurrección de Cristo es la culminación de la Encarnación. Es una prueba de la divinidad de Cristo, confirma cuanto hizo y enseñó y realiza todas las promesas divinas en nuestro favor. Además, el Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, es el principio de nuestra justificación

y de nuestra resurrección: ya desde ahora nos procura la gracia de la adopción filial, que es real participación de su vida de Hijo unigénito; más tarde, al final de los tiempos, Él resucitará nuestro cuerpo” (Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio 131).

2.10.- Sentido y alcance salvífico de la Resurrección.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

* “Hay un doble aspecto en el misterio pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios “a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos (...) así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm.6,4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia. Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su resurrección: “Id, avisad a mis hermanos” Mt.28,10). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección (CATIC 654).

* “Por último, la resurrección de Cristo -y el propio Cristo resucitado- es principio y fuente de nuestra resurrección futura: “Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron (...) del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (ICort.15,20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En Él los cristianos “saborean (...) los prodigios del mundo futuro” (Heb.6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (IICort.5,15)” (CATIC 655).

El Papa Francisco, por su parte, manifiesta: “El Apóstol nos dice que, con la resurrección de Jesús, acontece algo absolutamente nuevo: somos liberados de la esclavitud del pecado y nos convertimos en hijos de Dios, es decir, somos engendrados a una vida nueva. ¿Cuándo se realiza esto por nosotros? En el sacramento del Bautismo” (...) Que haber resucitado con Cristo mediante el Bautismo, con el don de la fe, para una herencia que no se corrompe, nos lleve a buscar mayormente las cosas de Dios, a pensar más en Él, a orarle más. Ser cristianos no se reduce a seguir los mandamientos, sino que quiere decir ser en Cristo, pensar como Él, actuar como Él, amar como Él; es dejar que Él tome posesión nuestra vida y la cambie, la transforme, la libere de las tinieblas del mal y del pecado” (Audiencia General. 10-IV-2013).

3.- Identidad entre el Crucificado y el Resucitado

Los textos evangélicos ponen de relieve la identidad que existe entre el Crucificado de ayer y el Resucitado de hoy: “Dios resucitó de la muerte a Jesús” (ITes.1,10; ICort.15,3-5). Creer en la resurrección de Jesús significa tener la certeza de que el Crucificado ha pasado por la muerte, pero no ha perecido en ella. El mismo que murió crucificado en la cruz vive de nuevo tras la muerte. Ahora bien, “no ha vuelto a nuestra vida sino que vive en la vida de Dios”.

El Resucitado muestra a sus discípulos las señales de su pasión: “les mostró las manos y el costado” (Jn.20,20), que están ahora transfiguradas por el Espíritu Santo. El Resucitado es el Jesús de Nazaret que pasó por la vida haciendo el bien y que murió en la cruz, y en cuyo rostro ahora brilla y se contempla la gloria de Dios.

“Resucita el Crucificado y resucita por haber sido crucificado; ya que le fue arrebatada la vida por el anuncio del Reino de Dios, le es devuelta una vida nueva como cumplimiento de ese reino. La resurrección remite, así, a la pasión y la pasión a la vida de Jesús como anunciador del Reino” (I.Ellacuría)

4.- Dios, al resucitar a Jesús, lo acredita

Dios resucita a Jesús y, al resucitarlo, lo acredita como verdadero enviado y testigo suyo.

Al resucitar a Jesús, Dios le ha dado la razón y ha desautorizado a los que lo mataron, crucificándolo en la cruz. No estaba equivocado Jesús, ni Dios lo había abandonado. Su camino y su mensaje eran ciertos y, como tales, fueron aprobados y acreditados por Dios. “Con su resurrección, Dios confirma su palabra, avala su comportamiento, rehabilita su persona, descubre el sentido profundo de la cruz, desvela el misterio de Jesús...” (O.G.de Cardedal).

Tenía razón Jesús cuando criticó las tradiciones antiguas.

Tenía razón Jesús cuando anunciaba el Reino de Dios como gracia

Tenía razón Jesús cuando invocó a Dios como “su Abba querido”.

Tenía razón Jesús cuando curaba en sábado

Tenía razón Jesús cuando perdonaba los pecados.

Unos textos para la reflexión:

“La resurrección constituía, en primer lugar, la confirmación de todo lo que Cristo mismo había hecho y enseñado. Era el sello divino puesto sobre sus palabras y sobre su vida...La verdad de su misma divinidad es confirmada por la resurrección” (Juan Pablo II).

“La resurrección será aceptada en la Iglesia como la gran prueba de la divinidad de Jesús, y que éste había reivindicado tal filiación y fue confirmada” (B.Sesbouë).

5.- Jesucristo ha resucitado como primicias de los que durmieron

Jesús resucita el primero no sólo cronológicamente, sino que teológicamente es el iniciador de un mundo nuevo. Cristo abre el camino para los que están unidos a Él.

Somos hombres y mujeres de resurrección: cada cristiano, cada bautizado en Cristo, ha resucitado espiritualmente. Hemos resucitado en Cristo.

“La resurrección de Jesús es promesa de la nuestra. Nos da la imagen de lo que estamos llamados a ser. Viviremos en el Dios de la vida que manifiesta Jesús. Su destino será el nuestro. La resurrección de Jesús es, si se puede decir así, la garantía de las promesas que se nos hacen...Se abre un porvenir nuevo con una esperanza nueva...Basta con querer recibirlas” (B.Sesbouë).

A la luz de la Resurrección de Cristo aprendamos a vivir cada momento y acontecimiento de nuestra existencia.

6.- Jesucristo resucitado se muestra vivo a sus discípulos y los envía en misión

“Dios le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con El después que resucitó de entre los muertos” (Hech.10,40-41).

Los discípulos habían abandonado a Jesús en los momentos tremendos y dolorosos de su pasión y muerte y se habían dispersado. Cada uno se había ido a su lugar de origen...Esperaban que Jesús fuera el libertador de Israel, y murió crucificado. Tenían miedo de que ellos fueran también crucificados, y se marcharon.

Jesús resucitado sale a buscar a sus discípulos, según indican los relatos de apariciones. El se aparece, se pone en medio de ellos y se deja ver. Les muestra sus manos y el costado. Son las marcas de la cruz que ha sido nuestra redención. Son las señales de su amor crucificado y victorioso. Al mirar y contemplar aquellas manos y aquel costado, los discípulos sintieron el amor que el Padre les tenía y les mostraba ahora. Se sienten amados definitivamente.

“Las apariciones son la presencialización del mismo Jesús glorificado que encuentra por su propia iniciativa a los discípulos” (E.Bueno de la Fuente).

En las apariciones del Resucitado acontece algo que nos trasciende: se desvela y revela la gloria de Jesús, su victoria sobre la muerte y su identidad última. Más aún, podemos decir que los discípulos al ver al Señor resucitado “percibieron el resplandor de la gloria de Dios en el rostro del Crucificado” (W.Kasper). En breves palabras: acontece la eclosión del misterio y de la historia de Jesús.

Los discípulos lo reconocieron en la fracción del pan (Emaús), por el timbre de su voz (Magdalena), por las llagas (Tomás), y se llenaron de inmensa alegría al verlo. Es la alegría pascual. “La Pascua hunde sus raíces en la gloria del mismo Dios, pero a la vez tiene una versión histórica, en cuanto se hace acontecimiento” (E. Bueno de la Fuente). Teniendo en cuenta esto, afirmamos que “a la totalidad de Jesús no se llega solamente a través del esfuerzo histórico; se necesita que Dios revele el misterio de Jesús, se necesita ser visitado por Jesús desde la vida nueva”.

Los discípulos reciben la misión de anunciar a los demás que Cristo ha resucitado: “seréis mis testigos hasta los confines de la tierra”. Ver al Resucitado implica ser testigos de que Cristo ha resucitado verdaderamente. Los discípulos no se limitan, por tanto, a proclamar que Cristo es un profeta. Le anuncian como Resucitado; el centro de su predicación no va a ser tanto el mensaje de Jesús, cuanto el mismo Resucitado. Y poco a poco comienzan a proclamarle: “Jesucristo es Señor, -“Kyrios”-, para gloria de Dios Padre” (Fil.2,11).

La tarea es hermosa, pero difícil. Ellos se sienten pobres. Necesitan ser alentados y ayudados. El Señor no los abandona en el camino del servicio al Evangelio. La ayuda del Señor no será solamente una ayuda externa, un tomarlos de la mano. Es más profunda: les dará el Espíritu Santo que les enseñará todo, los acompañará y les dará la fortaleza para proclamar la resurrección de Cristo en medio de los peligros, las persecuciones, el martirio...

“Nosotros creemos en un Resucitado que ha vencido el mal y la muerte. Tengamos la valentía de “salir” para llevar esta alegría y esta luz a todos los sitios de nuestra vida. La Resurrección de Cristo es nuestra más grande certeza, es el tesoro más valioso. ¿Cómo no compartir con los demás este tesoro, esta certeza? No es solo para nosotros; es para transmitirla, para darla a los demás, para compartirla con los demás. Es precisamente nuestro testimonio” (Papa Francisco, Alocución. Audiencia general. 3-IV-2013).

7.- El encuentro con Jesucristo resucitado

Las apariciones del Resucitado están integradas por la iniciativa del Resucitado, por su reconocimiento por los discípulos y por el envío en misión.

La experiencia pascual es el encuentro personal con el Resucitado. ¿Cómo y dónde podemos nosotros encontrarnos con el Señor resucitado?

El Señor no nos ha dejado solos ni tirados en la cuneta de la vida ni de la historia.

El Señor sale a nuestro encuentro, como el buen pastor sale a buscar a la oveja perdida. Y lo hace con entrañas de amor, de misericordia y de perdón..

¿Dónde sale el Señor a nuestro encuentro?:

- En la Eucaristía. Como los discípulos de Emaús, podemos encontrarlo y reconocerlo en “la fracción del pan”. Acudamos a la Eucaristía con el deseo de recibir, apropiarnos y profundizar este regalo del Señor.

- En los pobres y necesitados (Mt.25,40).

- En la proclamación de las Escrituras (Lc.24,27).

- En Galilea. Debemos volver a Galilea donde veremos al Señor resucitado y donde nos convertiremos en testigos de su resurrección. No es un volver atrás, no es una nostalgia que se evapora. Es volver al primer amor para recibir el fuego que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, hasta los extremos de la tierra. Volver a Galilea significa sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en el que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. ¡Señor! ayúdame: dime cuál es mi Galilea; sabes muy bien que quiero volver allí para encontrarte y dejarme abrazar por tu misericordia y convertirme en testigo tuyo ante los demás.

Los efectos de la experiencia pascual son los siguientes:

* La alegría y el gozo. Pasamos de la tristeza al gozo. ¡Cómo necesitamos recuperar este gozo! En medio de nuestros sufrimientos, necesitamos experimentar, como los discípulos, el gozo pascual, don y regalo del Espíritu Santo.

* La valentía serena y lúcida. ¡Cuántas veces nos sentimos atenazados por el miedo y el desaliento! ¡Cuántas veces nos sentimos decepcionados! Necesitamos que el Espíritu del Resucitado infunda en nosotros la fortaleza y la valentía para dar testimonio de Jesucristo en este mundo que se aleja cada día más de Dios.

* El testimonio. La experiencia pascual debe conducirnos a dar testimonio de Jesucristo resucitado.

8.- Si hemos resucitado con Cristo, caminemos en una vida nueva

“Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva (...) Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él (...)” (Rm.6,4.8).

“Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él” (Col.3,1-4).

“Vivid, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como lo habéis recibido; enraizados y edificados en Él; apoyados en la fe, tal como se os enseñó, rebosando en acción de gracias” (Col.2,6-7).

En estos textos luminosos y llenos de fe y de esperanza hemos de descubrir que la vida, las actitudes y el comportamiento de un cristiano injerto por la fe y el bautismo en el misterio de la muerte y de la resurrección de Jesucristo (cf. Rm.6,5) han de estar transformadas por la acción del Espíritu Santo. De este modo se realiza la exhortación de Pablo: “así también vosotros consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rm.6,11). En esta dirección dice el mismo Pablo: “Así que, hermanos míos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis” (Rm.8,12-13). “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio” (Rm.8,28; cf. Rm.8,29-30).

9.- Cristo resucitado nos pide que transformemos el mundo

La promesa de nuestra resurrección que nos ha hecho Jesucristo no implica que nos desentendamos de los problemas de la vida ni un dar la espalda a la injusticia reinante en el mundo (cf. GS.21. 39).

Unos textos para nuestra reflexión:

La promesa de nuestra resurrección “moviliza todas las energías humanas para la construcción de una sociedad justa, libre y fraterna. Ofrece ya sus arras a esta existencia terrena...La fuerza de la resurrección se expresa a través de todos los que tienen la generosidad de dar vida, con y como Cristo, por la justicia y la verdad (B.Sesboüé).

“Creemos en la resurrección de Jesús y en la resurrección de los muertos cuando creemos que la última palabra no la tienen ni la injusticia ni la muerte; cuando creemos que ha comenzado el triunfo de la justicia y de la vida en Jesucristo; cuando creemos y nos comprometemos por el Reino de Dios, predicado por Jesús y realizado ya en el Resucitado” (C.Floristán).

10.- La resurrección de Jesucristo, buena noticia de vida y esperanza para la humanidad

La resurrección de Cristo es la mejor noticia que podíamos recibir y comunicar. La resurrección ha sembrado la esperanza en el hombre y en la historia, ha hecho posible que el ser humano pueda sonreír y que no tiemble ante la muerte.

“Ahora sabemos que Dios no defrauda las esperanzas del hombre que le invoca como Padre.

Ahora sabemos que Dios es Alguien que vence la muerte y resucita a los muertos.

Ahora conocemos que Dios ni quiere ni está conforme con las injusticias, las opresiones, las mentiras, ni quiere que los hombres crucifiquen a nadie.

Ahora sabemos que Dios está empeñado en salvar al hombre del pecado, del mal, de la muerte; que la vida no es enigma sin origen, sin sentido, y sin meta final; que a una vida crucificada vivida con el espíritu y talante de Jesús, sólo le espera la resurrección (J.A.Pagola).

El Papa Francisco pone de relieve la esperanza. “A quien nos pida razón de la esperanza que está en nosotros (cf. IPedr. 3,15), indiquemos al Cristo resucitado. Indiquémoslo con el anuncio de la Palabra, pero sobre todo con nuestra vida de resucitados. Mostremos la alegría de ser hijos de Dios, la libertad que nos da el vivir en Cristo, que es la verdadera libertad, la que nos salva de la esclavitud del pecado, de la muerte. Miremos a la Patria celestial: tendremos una nueva luz también en nuestro compromiso y en nuestras fatigas cotidianas. Es un valioso servicio que debemos dar a este mundo nuestro, que a menudo no logra ya elevar la mirada hacia lo alto, no logra ya elevar la mirada hacia Dios” (Audiencia general. 10-IV-2013).

Cáceres

Semana Santa 2015

Florentino Muñoz Muñoz